

La comprensión de la verdad

biblicom.org

Índice

1 - El nuevo nacimiento	3
2 - El Espíritu Santo	4
3 - El Espíritu de sabiduría y de revelación	4
4 - El lavado de los pies	5

La verdad se reveló en la persona del Hijo de Dios. En él, cuando era hombre, se vio al Padre y, en la tierra, dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Juan 14:6). Ahora que el Señor Jesús está en el cielo, es en el cielo donde buscamos la verdad, aunque también la encontramos en las palabras que pronunció cuando estaba en la tierra, registradas para nosotros en las Escrituras.

Objetivamente vemos la verdad en la persona del Hijo, pero subjetivamente la verdad se encuentra en el Espíritu Santo que habita en todos los que creen en el Señor Jesús (1 Juan 5:6). Aunque la verdad ha sido revelada, no todos la conocen porque no todos tienen la capacidad y el poder de recibirla. Pilato hizo la pregunta que muchos de los grandes hombres de este mundo se han hecho: «¿Qué es la verdad?» (Juan 18:38), pero al condenar al Hijo de Dios demostró que no conocía la verdad y que en realidad no quería conocerla, porque estaba allí, ante él, en la persona de Jesús.

1 - El nuevo nacimiento

El primer paso para comprender la verdad es nacer de Dios. El hombre según la carne no tiene la capacidad de comprender qué es Dios, ni siquiera lo que es él mismo. Cuando el Hijo de Dios vino al mundo, está escrito: «Los suyos no lo recibieron. Sin embargo, a todos cuantos lo recibieron... a los que creen en su nombre, les ha dado potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1:11-13). Recibir al Hijo de Dios es recibir a Aquel que es la verdad personificada, y solo los nacidos de Dios pueden recibirlo. El nuevo nacimiento trae consigo una nueva naturaleza que tiene la capacidad de recibir las cosas divinas, pues estas están fuera del ámbito del hombre natural. Si la verdad no se encuentra en el mundo en el que vive el hombre natural, no puede ser encontrada por aquellos que no tienen la capacidad de recibirla.

Hablando a Nicodemo, el Señor dijo: «En verdad, en verdad te digo: A menos que el hombre nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios» (Juan 3:3). El nuevo nacimiento comunica, pues, la percepción para recibir lo que es de Dios, no solo las cosas del reino de Dios, sino todo lo que es de Dios, de lo que el reino forma parte. Un hombre puede tener una percepción natural muy notable, una sabiduría y un entendimiento humanos excepcionales, pero estos nunca le ayudarán a percibir la preciosa verdad que ha sido sacada a la luz en el Hijo de Dios, a penetrar en los grandes misterios de la vida, ni a resolver los problemas introducidos en el mundo por el pecado del hombre.

2 - El Espíritu Santo

La capacidad de recibir la verdad procede del Espíritu Santo, que mora en todo verdadero creyente en el Señor Jesucristo. En **1 Corintios 2**, aprendemos que «lo que ojo no vio, ni oído oyó, y no subió al corazón del hombre, eso preparó Dios para los que le aman... Dios nos las ha revelado por su Espíritu» (v. 9-10). Vemos, pues, que la revelación divina se sitúa fuera del ámbito de los sentidos naturales. Lo que Dios reserva como bendición divina para los suyos no puede ser conocido por el hombre natural. Las misericordias y la bondad de Dios en la providencia pueden ser disfrutadas por todos, pero sus bendiciones espirituales están reservadas para los que tienen fe en él y han recibido su Espíritu.

Además, las revelaciones hechas por el Espíritu Santo solo las pueden comprender los que tienen el Espíritu, pues, así como solo la mente del hombre puede conocer las cosas del hombre, solo los que tienen el Espíritu de Dios pueden conocer las cosas de Dios. El apóstol puede añadir con confianza: «Pero nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha sido dado gratuitamente» (**1 Cor. 2:11-12**). Al no tener el Espíritu Santo, el hombre natural no recibe ni puede recibir las cosas de Dios; de hecho, son necesidad para él, porque solo se pueden discernir espiritualmente.

3 - El Espíritu de sabiduría y de revelación

Poseyendo la naturaleza divina, todo creyente tiene la capacidad de recibir las cosas de Dios, y como el Espíritu Santo mora en él, todo verdadero cristiano tiene en sí mismo el poder de recibir todas las cosas de Dios; sin embargo, muchos verdaderos creyentes tienen poca comprensión de la verdad. Hay muchas cosas que nos impiden entrar en la verdad que Dios nos ha revelado.

Si no tenemos apetito por las cosas de Dios, poco progresaremos en el conocimiento de Dios. El ejercicio del alma también es necesario si queremos progresar de recién nacidos en Cristo a la madurez espiritual.

Después de exponer el maravilloso consejo de Dios para gloria de Cristo y bendición de sus santos, el apóstol Pablo ora por los santos de Éfeso «para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento pleno de él» (**Efe. 1:17**). Al apóstol no le bastaba con exponer la

verdad a los santos; para comprender lo que había dado a conocer se requería el estado espiritual necesario, es decir, ser capaz de comprender lo que ha sido revelado. Para recibir las cosas de la sabiduría divina, hay que tener espíritu de sabiduría; para recibir las cosas divinamente reveladas, hay que tener espíritu de revelación. Es Dios quien da este estado espiritual a los que lo desean, a los que están en comunión con él respecto a las cosas que ha dado a conocer por revelación.

Si somos mundanos o estamos ocupados con las cosas de este mundo, no tendremos el estado espiritual que nos permite entrar en los secretos de Dios. La comunión con Dios acerca de sus propósitos nos llevará al estado que nos permite entrar en los secretos del maravilloso plan divino que ha colocado a Cristo a su diestra en el cielo y nos ha bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo.

4 - El lavado de los pies

Para limpiarnos de la inmundicia causada por ocuparnos de las cosas presentes, el Señor Jesús tiene un ministerio de purificación para nosotros, y esto hace posible la comunión consigo mismo en el cielo, y también con su Padre. Esto es lo que el Señor llamó la «parte conmigo» cuando trató este bendito tema justo antes de dejar este mundo para volver a su Padre (Juan 13:8). Es parte del servicio actual del Señor a los suyos como Abogado. Nuestras mentes están contaminadas por las cosas que vemos y oímos a nuestro alrededor en este mundo, sin mencionar una verdadera caída de la gracia que interrumpe nuestra comunión con el Señor.

Cuando los sacerdotes de Israel entraban en el Lugar Santo para el servicio de Jehová, debían pasar por la fuente de bronce para purificarse; y antes de estar consagrados para la obra divina a la que Dios los había llamado, debían ser lavados con agua y colocados bajo la eficacia de la sangre derramada y rociada de la ofrenda de consagración. Para entrar en la presencia de Dios, ya sea para adorarlo o para estar en comunión con él, el cristiano debe purificarse de todo lo que no es apto para esta santa presencia. Por eso dice el autor de la Epístola a los Hebreos: «Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, con corazones purificados de una mala conciencia y lavados los cuerpos con agua pura» (Hebr. 10:22).

Para comprender la verdad, para gozar de la comunión en la presencia de Dios o para adorarle, se requiere, pues, la nueva naturaleza producida por nuestro nuevo nacimiento, la posesión del Espíritu Santo por el cual Dios nos ha sellado como

poseedores de la fe en su amado Hijo, y también el estado moral del alma que corresponde a la presencia de Dios y a las comunicaciones divinas que él ha hecho. Qué bendición es darse cuenta de que Dios provee todo lo necesario en las riquezas de su gracia, pues es su propio deseo que entremos más y más en la preciosa verdad que nos ha revelado por su Espíritu.